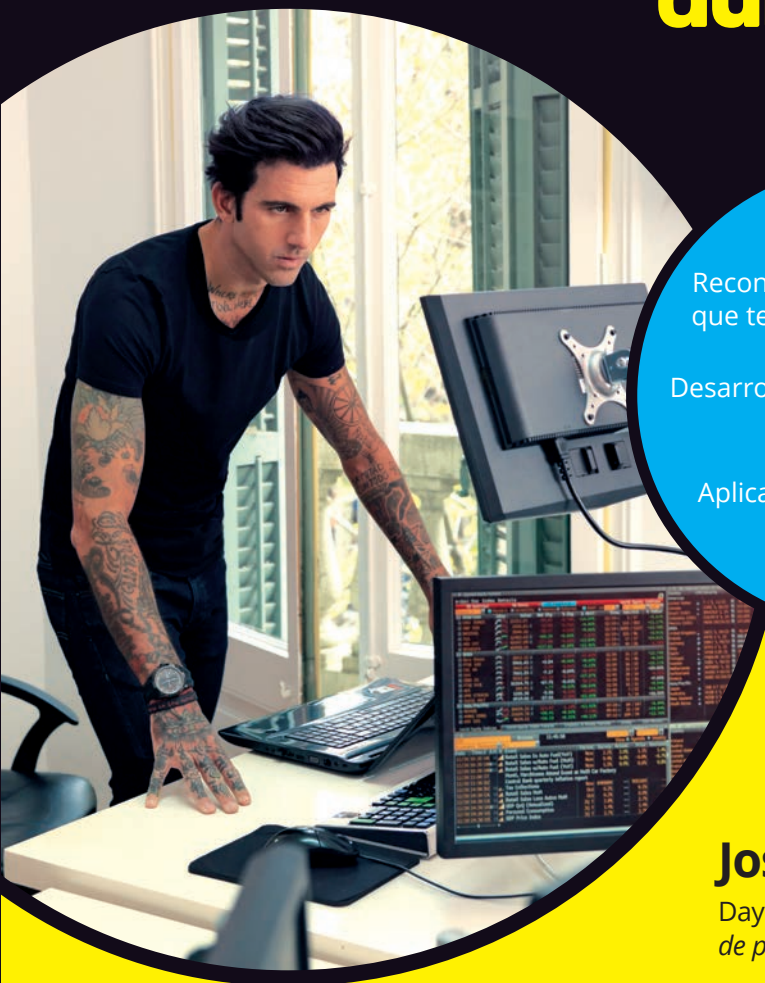


CON DUMMIES ES MÁS FÁCIL



Bolsa

para
dummies[®]



Reconoce las oportunidades
que te ofrecen los mercados

Desarrolla un criterio coherente
para operar

Aplica técnicas de inversión
con éxito

Josef Ajram

Day trader de bolsa y atleta
de pruebas extremas



Bolsa

para
dummies[®]

14.^a
edición

Josef Ajram

para
dummies[®]

Edición publicada por acuerdo con Wiley Publishing Inc.
... for Dummies y los logos de Wiley Publishing, Inc. son marcas registradas utilizadas
bajo licencia exclusiva de Wiley Publishing, Inc.

© Josef Ajram, 2013
© de la imagen de la cubierta, Sergi Jasanada, Dogma Moda, 2013

Editor literario: Alexandre Casanovas

© Centro Libros PAF, S. L. U., 2013
Grupo Planeta
Avda. Diagonal, 662-664
08034 - Barcelona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ISBN: 978-84-329-0307-6
Depósito legal: B. 17.277-2016

Primera edición: noviembre de 2013
Primera edición en esta presentación: octubre de 2016
Preimpresión: Victor Igual, S.L.
Impresión: Black Print

Impreso en España - Printed in Spain
www.dummies.es
www.planetadelibros.com

Sumario

INTRODUCCIÓN	1
Acerca de este libro	2
El <i>day trading</i>	3
A quién va dirigido	4
Cómo está organizado este libro	5
Parte I: ¿Qué hay en la bolsa?	6
Parte II: Camino a la bolsa	6
Parte III: La sala de operaciones	6
Parte IV: Ganar dinero en bolsa	7
Parte V: Los decálogos	7
Iconos usados en este libro	8
Y a partir de aquí.....	9
 PARTE I: ¿QUÉ HAY EN LA BOLSA?	11
CAPÍTULO 1: La bolsa aprende a caminar	13
El principio de la historia	14
Arriar velas	14
Comprar y vender papeles	16
Las bolsas hablan inglés	18
De los barcos a las fábricas	19
En la calle de la muralla	19
Pero el sistema falla	20
CAPÍTULO 2: De los golpes se aprende	25
La bolsa se hace mayor	26
De la austeridad al pozo	26
Un nuevo acuerdo	27
Un crecimiento imparable	28
Del grito a la pantalla	29
Se abre la veda	29
Vuelven los días negros	30
La bolsa del siglo <i>xxi</i>	33
El reventón “punto com”	33
Y en español se llama Terra	34
De cabeza contra el ladrillo	35
Y ahora, a por los Estados	37
En tierra peligrosa	38
CAPÍTULO 3: La oferta y la demanda	41
Un mercado como los demás	42

Los personajes	42
Acordar el precio	43
Aprender a especular	44
Y traducido a la bolsa	45
¿Para qué cotizar en bolsa?	48
Ventajas para las empresas	48
Ventajas para los inversores	49
CAPÍTULO 4: Nombre, apellidos y dirección	53
El contenido y el continente	54
Los índices bursátiles	54
El mercado primario	55
El mercado secundario	56
La vuelta a la bolsa en ochenta días	56
Los principales destinos	57
La bolsa en España	62
El top 35	64
El mercado continuo	67
El flautista de Hamelín	68
PARTE II: CAMINO A LA BOLSA	71
CAPÍTULO 5: Entrar en acción	73
Divide y venderás	74
Las distintas familias	74
Lo que cuestas y lo que vales	75
Acciones de altos vuelos	76
El volumen sí importa	78
Un mercado bien surtido	80
Vender lo que no tengo	80
Cómprame lo que debo	82
El mercado de futuros	85
Opciones y <i>warrants</i>	86
Para los que se sienten solos	87
De todo y más	88
CAPÍTULO 6: Cuando el cielo se mueve	91
Los movimientos desde arriba	92
A ellos les va bien, y a ti mal	93
La trampa de los dividendos	95
Otros temblores y sacudidas	96
Oferta pública de venta (OPV)	96
Oferta pública de adquisición (OPA)	97
Ahora me junto, ahora me separo	99
Perder la categoría	100
Las noticias y tu cartera	101

La economía crece (o no)	101
El problema número 1	104
Más caro que ayer, pero... ..	105
Unos tipos de gran interés	107
Una nueva referencia	108
CAPÍTULO 7: Los dibujos fundamentales	111
Del impulso al análisis	112
Técnica contra fundamentos	112
El factor humano	113
El tiempo y los precios	114
Las barras y las velas	115
Medidores de volumen	117
Leer la tendencia	119
Encima (o debajo) de la media	119
Mi amigo, el señor Bollinger	122
Un pequeño repaso	123
CAPÍTULO 8: Claves para no perder la cabeza	125
A la hora de operar	126
No ir en contra del mercado	126
Saber perder 100 %	127
No obsesionarse con un valor	128
No hacer nada es hacer algo	129
No sentar reglas temporales	130
Consejos para una larga vida en bolsa	130
Ser progresivo	131
Separarse del rebaño	132
La constancia y la mala suerte	133
Buscarse algo para desconectar	135
Todo tiene su fin	135
PARTE III: LA SALA DE OPERACIONES	139
CAPÍTULO 9: El día más largo	141
¿Qué es esto del <i>day trading</i> ?	142
Especular, no invertir	142
El negocio más seguro	143
Para salir de dudas	144
El Santo Grial de la bolsa	145
Tu nuevo amigo: el señor Cuadro	146
Las columnas del cuadro	146
Quiero comprar ahora	148
Me quedo a la espera	148
Lo importante es el título	149

CAPÍTULO 10: La bolsa aprende a caminar	151
Montarse la bolsa en casa	152
El <i>hardware</i>	152
Tus fuentes de información	153
Tu intermediario es la clave	156
Empezar a dar órdenes	158
Las órdenes de entrada	159
Jugar al escondite	160
Órdenes de <i>stop</i>	162
Distintas formas de pararse	163
El <i>stop</i> para ganar	164
El <i>stop</i> al revés	166
CAPÍTULO 11: Mi rutina de trabajo	169
Algo parecido a un método	170
Ni caso a las <i>blue chips</i>	170
Ir a por las <i>small caps</i>	172
No entrar en valores parados	174
Usar siempre CFD	176
Techos bajos y suelos flotantes	177
En el cuadro de precios	178
En los gráficos diarios	181
Un día de trabajo en la bolsa	184
Se abre el telón	184
La hora punta	188
La calma chicha	189
Antes de cerrar	190
Con la persiana bajada	191
PARTE IV: GANAR DINERO EN BOLSA	193
CAPÍTULO 12: Huecos y especulaciones	195
Cuidado con el hueco	196
¿Qué es el <i>gap</i> ?	196
Trabajarse la diferencia	197
Afinar la puntería	200
Un ejemplo práctico	201
Cuando el <i>gap</i> no se cierra	203
Aprender a especular	204
Antes de empezar	205
<i>Scalping</i> con un soporte	206
<i>Scalping</i> con una resistencia	209
Apunte final	210
CAPÍTULO 13: Las líneas que marcan el camino	213
Únete a la banda	214

Hacer el <i>check in</i>	215
Operar a partir de Bollinger	216
Tocar techo	217
Tocar fondo	219
El cruce de medias	222
Encontrar la encrucijada	223
Mejor con un ejemplo	225
El cruce se vuelve peligroso	227

PARTE V: LOS DECÁLOGOS.....231

CAPÍTULO 14: Diez consejos de última hora antes de lanzarse a operar	233
Objetivo: volumen y volatilidad	234
Los <i>stops</i> son tu salvavidas	234
No promediar	234
Estar delante de la pantalla	235
No entrar a lo bestia	235
Poco a poco y paso a paso	236
Huye de lo que sea “a mercado”	236
No hacer caso a nadie	237
Analizar los propios errores	237
Hay trenes que se escapan.....	238

CAPÍTULO 15: Diez valores de la bolsa española que vale la pena controlar	239
Amper	240
Antena 3	240
Ercros	241
Faes Farma	241
Jazztel	241
Ezentis	242
Bankia	242
NH Hoteles	242
Solaria	243
Zeltia	243

Índice analítico	245
-------------------------------	------------

Capítulo 1

La bolsa aprende a caminar

La mayoría de los españoles saben sobre la bolsa poco más de lo que ven en el telediario, donde tampoco es que te enseñen mucho. Te dicen si la bolsa ha subido o bajado, si hay alguna noticia que ha influido en el mercado y, en el mejor de los casos, si algún valor destaca por encima de los demás. Mientras, te muestran en algún rincón de la pantalla, y pasando a toda velocidad, un sinfín de siglas, números y porcentajes, sin explicación de qué significan ni ofrecerte un contexto más amplio; supongo que dan por supuesto que el tema no te interesa o que ya sabes de qué va.

Si ahora te digo que nueve millones de españoles, tantos como todos los que ven los telediarios juntos, tienen una parte de sus ahorros invertidos en la bolsa, me parece que queda claro que alguien podría esforzarse más a la hora de ofrecer y seguir la actualidad de los mercados financieros. Por el contrario, y eso lo hemos visto todos, el día que los medios dedican algo más de tiempo al tema suele ser cuando la bolsa se pega un castañazo de aquellos que hacen historia; esos días en que los números rojos lo invaden todo y se usan palabras como *pánico*, *desplome* o *crac* para describir la situación. Lo mejor para ayudar a conciliar el sueño a esos nueve millones de españoles.

Pienso, como tantos otros, que nadie debería invertir su dinero en bolsa sin saber muy bien lo que hace. Todo el mundo entiende que, para levantar un puente o diagnosticar una enfermedad hay que estu-

diar, trabajar, ganar experiencia y actuar en función de lo que se ha aprendido. Sin embargo, en la bolsa, parece que cualquiera esté capacitado para gastarse 10 000 € en acciones del Banco Santander, con la esperanza de que suban por arte de magia. Mi objetivo es enseñarte que, en la bolsa, las cosas no ocurren por arte de magia, suerte o casualidad, y que solo gana el que está informado y sabe lo que hace. Así que ha llegado la hora de empezar y te propongo hacerlo desde el principio; de los tiempos, en este caso.

El principio de la historia

Los que me conocen quizá no se esperan verme echando mano de la historia para explicar de qué va esto de la bolsa. No es un secreto que no fui buen estudiante y que, una vez en la universidad, no tenía la fama de ser de los que van a todas las clases. Sentía que me aburría y que me explicaban demasiadas cosas que no me interesaban. Así que empecé a ir a la Bolsa de Barcelona, que sí me llamaba la atención, para tratar de averiguar de qué iba aquello y cómo podía ganarme la vida; algo que no se contaba en las clases. Con el paso de los años, ya como *trader* profesional, aprendí cuál era el origen de la bolsa y lo útil que es para entender cómo funciona.

Lo que me interesa no es saber en qué año abrió la primera bolsa del mundo, qué ciudad tenía la más importante o por qué se le llama *bolsa* y no *saco*. Así que no te marearé con datos y fechas. Lo que me interesa es que, en sus orígenes, la bolsa era algo mucho más sencillo de lo que es ahora; tenía un funcionamiento casi natural, de viva voz y de tú a tú. En las primeras bolsas solo había un mercado y se vendía un producto muy concreto; ahora, en cambio, se negocia una infinidad de productos financieros, y en mercados distintos que trabajan en paralelo.

Ya te hablaré de esto más adelante. Ahora me interesa hacer un viaje en el tiempo hasta el siglo *xvi* y trasladarnos a la zona de Flandes y Holanda, donde surgieron las primeras bolsas. Unos mercados que ya tenían una forma de funcionar y unos objetivos básicos muy parecidos a los de hoy en día, pero con una mecánica mucho más sencilla.

Arriar velas

Parece que todo el mundo coincide en que la primera bolsa más o menos moderna nació en Flandes a finales del siglo *xv*. Pero para ver la mecánica básica de la bolsa prefiero avanzar un poco más en el

tiempo y viajar hasta Ámsterdam, en Holanda, y situarme a principios del siglo xvi. Piensa que estamos en la época en la que el comercio marítimo se convierte en un fenómeno mundial, hasta el punto de ser el principal dinamizador de la economía.



Desde los puertos del norte de Europa zarpan numerosas expediciones hacia las lejanas tierras de Asia, con el objetivo de proveerse de especias y otros productos más o menos exóticos que luego se venden en los mercados occidentales a muy buen precio. Organizar una de aquellas expediciones implicaba realizar un importante desembolso económico. Como puedes ver, y usando términos modernos, podría decirse que había que realizar una inversión importante para montar una empresa que, con el tiempo, reportara beneficios.

- » Había que comprar un barco o alquilarlo durante meses, lo que no salía barato.
- » Un barco sin tripulación no sirve de mucho, así que había que invertir tiempo y dinero para encontrar a gente que supiera lo que hacía. Desde el capitán hasta el grumete, pasando por médicos, oficiales y mozos de carga.
- » Con la tripulación a bordo, lo siguiente era proveerla de todo lo necesario para sobrevivir en alta mar. Los barcos se pasaban semanas sin tocar tierra, por lo que sus bodegas tenían que parecer un súper en vísperas de Navidad.
- » Había que darle al capitán o al contraemaestre el dinero suficiente para comprar las exóticas mercancías que habían ido a buscar. Se trataba de hacer negocios, no de saquear las Indias.
- » Era obligado pagar un buen sueldo a la tripulación; de lo contrario, se corría el riesgo de que la carga se perdiera o de que la tripulación se quedara a medio camino, disfrutando de las playas del Índico.



El coste de una de estas expediciones era tan elevado que, en la mayoría de las ocasiones, una sola persona no podía asumir todos los gastos. Así que los holandeses se buscaron una solución particular: proponer a varios mercaderes —hoy los llamaríamos *inversores*— que aportaran una cantidad de dinero para financiar el viaje; a cambio, el organizador de la expedición les entregaba una participación de los beneficios finales. Estas participaciones, que hoy llamaríamos *acciones*, no eran más que un contrato en papel donde se recogía la inversión que habían hecho y el porcentaje de los beneficios que tocaba a cada uno. Aquel papel garantizaba que, cuando el barco estuviera de vuelta, los inversores podrían recoger sus beneficios. Y, por su parte,

la venta de las participaciones permitía que el organizador del viaje pudiera reunir todo lo necesario para montar la expedición.

Pero lo cierto es que a veces se tardaba mucho en obtener beneficios, porque aquellos viajes transoceánicos llegaban a durar meses y meses. En ese tiempo podía ocurrir que los inversores necesitasen recuperar su dinero de forma urgente, por la razón que fuese, mucho antes de que la expedición volviera de las remotas Indias. Si se daba el caso, vendían sus participaciones a otros inversores, que pagaban un precio determinado por aquel papel, siempre en función de los beneficios finales que esperaban conseguir. Como ves, una empresa, en este caso una expedición marítima, emitía unas acciones para financiarse y llevar a cabo su actividad. Luego, los propietarios de las acciones podían hacer con ellas lo que quisieran: comprarlas, venderlas o guardárselas esperando beneficios. El lugar donde se hacían todas estas transacciones era, claro está, la bolsa.

Comprar y vender papeles

Una vez que se emitían las participaciones, las acciones de la expedición, los comerciantes eran libres de vendérselas a otros en función de sus intereses y renegociar el precio. En el siglo XVI, las noticias tardaban en llegar. Pero acababan llegando. Los barcos se cruzaban, se paraban en los puertos, y allí se compartía información entre los que iban y venían. Imagínate que, al doblar el cabo de Hornos, una tormenta se carga los palos de nuestro barco, y se alarga el viaje. O, peor aún, que el barco se ha ido a pique por culpa de la tormenta.

Podía ocurrir que aquellos comerciantes holandeses, que tan cómodamente estaban en la Bolsa de Ámsterdam, se quedaran con un papel en las manos que no valía casi nada, ¡y solo porque la tripulación de otro barco traía una mala noticia! Lo mismo que ocurre ahora cuando una empresa tiene serios problemas para seguir con su actividad y la noticia acaba llegando a la opinión pública.



RECUERDA

Pero cuando el barco volvía cargado hasta los topes o en los mercados europeos subía el precio del producto que se había ido a buscar, aquel papel valía mucho más de lo que había costado. Entonces los mercaderes podían venderlo a un precio más alto y ganar mucho dinero antes de que el barco llegase a puerto: una suma que incluía lo que habían invertido en un principio y las nuevas estimaciones de beneficios. Como ves, el negocio ya no solo estaba en el resultado final de la expedición, sino también en la compraventa de las participaciones. En esencia, todo ese proceso es idéntico al que se realiza en la actualidad.

- 1. Hoy, en la bolsa, una empresa emite acciones para financiarse y llevar a cabo su actividad. Es como si un holandés quiere montar una expedición hacia China para traer seda de primera calidad y, como no tiene todo el dinero, vende a sus colegas participaciones de los beneficios.**
- 2. Una persona o una sociedad compra esas participaciones, con la esperanza de que la empresa tenga éxito y dé beneficios en un futuro próximo. Es decir, los colegas invierten en el viaje porque creen que hay muchas posibilidades de que la expedición funcione.**
- 3. Si las cosas van bien y se espera que la empresa sea próspera, el valor de la acción aumenta. Para los holandeses, una buena noticia podía ser un aumento en la demanda de seda. Hoy en día, y para los inversores de Apple, por ejemplo, que la gente diga en una encuesta que prefiere tener un iPhone a comer pescado fresco dos veces por semana.**
- 4. En el caso de que las noticias sean buenas, mucha gente va a querer apuntarse al carro de la expedición, por lo que sube el precio de la acción. El inversor puede entonces quedarse la acción esperando a que suba más. O, si necesita el dinero, venderla y cobrar sus beneficios sin esperar a que la expedición llegue a su fin.**
- 5. Y al contrario: si la empresa va mal, el precio de la acción baja y el inversor empieza a sudar. Un fallo de construcción en el iPhone o que el barco se retrase más de lo debido hundirá el precio de la acción.**
- 6. Si las noticias son malas, la gente preferirá centrar su atención en otras expediciones y olvidarse de la seda de China. Además, quizá algunos inversores prefieran vender sus participaciones cuanto antes, porque temen que al final la cosa vaya todavía peor. Entonces, el precio de la acción cae.**

Como ves, lo que pasaba en la Bolsa de Ámsterdam del siglo **xvi**, con cuatrocientos años de evolución tecnológica por medio, se repite hoy en las bolsas de todo el mundo. Hay más mercados, más tipos de expediciones, más mecanismos para vender y comprar, más inversores y muchos más canales de noticias... pero el principio básico es el mismo. Así que debo dar las gracias a los belgas y holandeses por inventarse el negocio con el que yo, en pleno siglo **xxi**, me gano la vida.

LOS MISMOS BARCOS, LOS MISMOS BANCOS

Fíjate en cómo quinientos años de historia todavía marcan el presente de una manera decisiva. En el siglo **xvi**, las expediciones marítimas privadas que movilizaban una mayor cantidad de recursos salían de los Países Bajos y de Gran Bretaña. Alguien podría decirme que España tampoco se quedaba corta, gracias al comercio con la recién descubierta América. De acuerdo. Pero el caso español es distinto (como siempre y por desgracia): la Corona —el Estado— controlaba a rajatabla las expediciones y no se negociaba con participaciones “a la holandesa”. De hecho, la primera bolsa española no se crea hasta 1831, en Madrid. Desde el siglo **xv** había lonjas donde se subastaban los productos que llegaban del mar, sobre todo en el Mediterráneo; pero nada parecido a las bolsas de Flandes y Holanda. La mentalidad católica contra la protestante, supongo.

Ahora que ha quedado claro que ingleses y holandeses pusieron en marcha esto de la bolsa, fíjate en este detalle. En pleno siglo **xxi**, muchos de los bancos de inversión más sólidos del planeta tienen sus orígenes en tres países. ¿Adivinas cuáles son? Exacto: los Países Bajos y alrededores (ING, Rabobank o el danés Saxo Bank, por ejemplo), el Reino Unido (Barclays, HSBC o Lloyds) y la que fue su colonia, Estados Unidos, donde tienen sus sedes los más importantes del mundo (Merrill Lynch, JP Morgan Chase o Morgan Stanley). Mención aparte merece Suiza, que gracias a su peculiar sistema bancario y a su neutralidad histórica, acoge a firmas de alto nivel como UBS o CreditSuisse. Está claro que lo de los suizos no tiene mucho que ver con el comercio marítimo, y sí con la discreción y seguridad de sus depósitos.

Las bolsas hablan inglés

Después del paseo por los Países Bajos, toca avanzar por el siglo **xvi** y llegar al siglo **xvii**. En aquel momento los ingleses dominan los mares y, por lo tanto, son quienes montan las expediciones más jugosas y controlan la mayor parte del comercio mundial. Los mercados más importantes dejan de estar en Flandes y Holanda y se trasladan a Londres, que se convierte en la capital mundial del comercio marítimo. La bolsa londinense, que funcionaba desde la segunda mitad del siglo **xvi**, pasa a ser la más importante del mundo. Ocupará en solita-

rio este lugar hasta bien entrado el siglo xx, cuando Estados Unidos se convierte en la primera potencia mundial.

De los barcos a las fábricas



Decía que el dominio del comercio marítimo convirtió la Bolsa de Londres en la más influyente del mundo. Este traslado, que en principio se debía a una cuestión de cantidad y no tanto de calidad, tendría una importancia difícil de prever en el futuro. En la segunda mitad del siglo xviii, el Reino Unido asiste en primera persona a la introducción de las nuevas tecnologías en el proceso productivo, a la consolidación de la burguesía como clase dominante y a la sustitución de los talleres por las fábricas. Es la revolución industrial, que no habría sido la misma si la Bolsa de Londres, la Royal Exchange, no hubiese sido la más importante del mundo.

Un par de páginas atrás he descrito lo difícil que era montar una expedición marítima alrededor del mundo con el dinero de un único inversor. Pues si preparar un barco ya salía caro, imagínate lo que costaba construir una nave industrial, equiparla con la última tecnología, contratar a una plantilla de centenares de trabajadores, adquirir las materias primas necesarias y garantizar la distribución comercial de los productos fabricados. Un pastón, está claro. Y muy pocos inversores disponían del dinero suficiente para llevar a cabo el proyecto por sí mismos.

La solución, de nuevo, estaba en la bolsa. Aquellos primeros emprendedores, al vender participaciones de sus recién nacidas empresas, podían encontrar la financiación que necesitaban para llevar a cabo sus proyectos. Y los inversores, al comprar las acciones, esperaban participar de los futuros beneficios. Lógicamente, las bolsas más importantes del mundo dejaron de estar en las ciudades marítimas y se trasladaron a las principales capitales industriales del mundo. Londres mantenía su posición privilegiada, pero un país recién nacido, Estados Unidos, se preparaba para tomar el relevo.

En la calle de la muralla

La rápida industrialización del Norte, sumada a los miles de kilómetros de ferrocarril que se construyeron en el país, y que requerían de grandes inversiones, acabaron convirtiendo las bolsas estadounidenses en las más importantes del mundo. La primera se funda en Filadelfia, pero pocos años después, en una calle de Nueva York llamada Wall Street, se planta la semilla de lo que será la bolsa que marcará el ritmo al que bailen todas las demás.



A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la revolución industrial se consolida y altera por completo el estilo de vida de Europa y Estados Unidos. El capitalismo ha llegado para quedarse: los edificios dedicados a los negocios son los más altos de la ciudad de Nueva York. La Metropolitan Life Tower se termina en 1909; el edificio Woolworth, en 1913, el 40 de Wall Street y el Chrysler, en 1930 y el Empire State en 1931. En medio de este proceso de cambio, la bolsa adquiere cada vez más importancia a la hora de canalizar las inversiones y el ahorro, lo que permite que se monten empresas a un ritmo altísimo y que la economía de un buen número de países occidentales crezca sin parar.

Se multiplica el número de empresas que cotizan en bolsa para financiarse y ganar visibilidad. Y los inversores privados tienen la posibilidad de invertir su capital para aumentarlo, incluso pidiendo préstamos al banco. Todas las partes de la ecuación salen beneficiadas. Los inversores obtienen una rentabilidad superior a la de cualquier otra inversión; las empresas se benefician del acceso al capital privado para expandir su negocio sin tener que pedir prestado; y los bancos se llevan sus intereses por todos lados. Ideal, ¿no?

Pero el sistema falla

En la teoría, todo suena bien. Pero, en la práctica, hay que añadir un tercer y decisivo elemento: el factor humano, que, en su peor versión, lleva el sistema al colapso durante el mes de octubre de 1929. No voy a analizar a fondo las causas del crac, sobre todo porque no hubo solo una y necesitaría un capítulo entero para no dejarme nada importante. Ya hay muchos libros que tratan el tema y, si no, Google siempre puede echarnos una mano.

Pero es distinto mirar el crac del 29 con los ojos de hoy. Al apuntar algunas de las causas y recordar las soluciones seguro que encontrarás puntos en común con la crisis que vivimos desde el año 2008. Por no hablar de que ese Martes Negro de 1929 advierte de algunos de los peligros que conlleva la bolsa.



Para dejarlo claro, te hago una lectura del crac del 29 en diez pasos:

- 1. Estados Unidos es una gran potencia mundial; es el país que más produce, consume y exporta del planeta. ¿Cómo lo consigue? En Europa, la primera guerra mundial paraliza las fábricas, que se tienen que dedicar a producir balas, bombas y perolas. Mientras, Estados Unidos se lanza a producir los bienes de consumo que hasta ahora fabricaba Europa. Productos de consumo que, por más guerra que**

haya, se siguen necesitando. El mercado se vuelve global y las marcas americanas empiezan a conquistar el mundo.

2. Durante los años de la guerra y los que vienen después, Estados Unidos se hace de oro. Las empresas producen, el producto se vende —más fuera que dentro del país— y el crédito fluye en todas direcciones; incluso hacia Europa, que tiene que reconstruirse después de la guerra para seguir comprando productos americanos. Ojo. Europa se endeuda, y Estados Unidos depende de ella para mantener su crecimiento.
3. Las fábricas americanas producen más de lo necesario en condiciones normales, porque tienen que suministrar bienes a la Vieja Europa. La producción se vende y todo el mundo se lleva su tajada. Nadie se da cuenta; nadie se pregunta qué pasará cuando la situación mejore en Europa y no haya tanta demanda de productos americanos..., se está creando una burbuja de primera.
4. Cuando Europa se recupera y sus fábricas vuelven a ponerse en marcha, a los productos americanos les sale una fiera competencia. Ya no se vende tanto y los almacenes empiezan a acumular productos. La demanda interior, lo que compran los estadounidenses, no es capaz de absorber la enorme oferta, y los stocks se acumulan.
5. ¿Solución? Los bancos, que vienen de un período de vacas muy gordas, se lanzan a dar préstamos a empresas y particulares. La máquina tiene que seguir en marcha y no se puede permitir que baje el ritmo. Gracias al dinero prestado, el consumo y la producción siguen aumentando.
6. ¿Y qué hace mientras tanto la bolsa americana? Como las noticias son buenas, no para de subir y de alcanzar máximos históricos. El entusiasmo general anima a los pequeños inversores a subirse al tren; mucha gente que no sabe realmente de qué va la bolsa invierte sus ahorros en comprar acciones. Se produce una fiebre inversora; todo el mundo quiere su tajada. Aunque sea invirtiendo dinero prestado.
7. Como la bolsa sube tanto, los operadores de bolsa también se apuntan a prestar dinero a los inversores privados (sin pedir muchas garantías), porque cuanto más se negocie, más pasta se gana. Hay corredores de bolsa en ciudades de provincia, en pequeños pueblos, en zonas aisladas y hasta en los transatlánticos. Parece que el que no se hace rico de

la noche a la mañana es tonto o no se entera. Se calcula que dos terceras partes de las acciones de Wall Street se compran con dinero prestado.

8. La bolsa sigue subiendo, pero ya no lo hace porque la economía vaya bien, sino porque los inversores confían en que la economía vaya bien. Nadie es capaz de imaginarse que todo el chiringuito puede irse al traste. Es lo mismo que ocurrió en la crisis española de 2008, cuando nadie, absolutamente nadie, era capaz de imaginarse que los precios de los pisos pudiesen bajar.
9. Como ocurre con cualquier burbuja hinchada por el crédito desenfrenado, al final tiene que explotar. Primero caen los países europeos, castigados por la guerra, que no pueden devolver sus préstamos a Estados Unidos. En paralelo, las empresas americanas no pueden devolver sus préstamos a los bancos: no encuentran la forma de quitarse de encima el stock acumulado durante los años anteriores y pierden su liquidez.
10. Al final, la realidad es tan evidente que se impone. Todo el mundo está endeudado, el precio del dinero sube en un intento de frenar la fiesta, las empresas no pueden vender porque el consumidor no tiene tanto dinero para comprar... Y la burbuja explota. Los inversores intentan librarse de sus acciones con la idea de conseguir efectivo, pero nadie puede ni quiere comprar y los precios empiezan a caer en picado. Todo el dinero prestado que se negociaba en Wall Street se convierte en papel mojado. No se puede devolver. Llega el crac. La semana del 29 de octubre se esfuman 30 000 millones de dólares en Wall Street. Para aquella época, una animalada.

A pesar de que los mayores magnates de la industria norteamericana inyectan dinero en el mercado para frenar el pánico, la burbuja es tan enorme que unos pocos no pueden contrarrestar los defectos de todo un sistema. El gobierno, presidido por el republicano Herbert Hoover, no sabe cómo parar el golpe. Las pérdidas siguen durante los meses siguientes, lo que provoca que los bancos se arruinen al no poder recuperar el dinero prestado en acciones. En consecuencia, millones de personas pierden los ahorros guardados en esos mismos bancos que ya no existen. Muchas fábricas cierran, las colas de parados se hacen interminables y empiezan a aparecer barrios de chabolas en todo el país —echa un vistazo al cuadro gris de la página siguiente—. Es la Gran Depresión, la crisis con peor fama del sistema capitalista. Y la bolsa ha desempeñado un papel crucial en ese proceso. Después del

crac, nada volverá a ser como antes. La bolsa dejará de ser un terreno donde casi todo vale y se definirán unas estrictas reglas del juego. Al menos hasta 1999.

POCOS SUICIDIOS Y MUCHAS HOOVERVILLES

El crac del 29 fue la primera gran crisis del capitalismo y pilló a todo el mundo con los pantalones bajados. Las autoridades no sabían qué hacer ante una situación así, ya que nunca se habían encontrado con nada parecido. Los agentes de bolsa, por su parte, pensaron que aquello era el fin del mundo tal y como lo habían conocido. Todos hemos oído alguna vez las leyendas que se cuentan sobre el Martes y el Jueves Negro: inversores haciendo cola en las ventanas de Wall Street, esperando su turno para saltar al vacío; las aguas del río Hudson repletas de cadáveres, camino al mar...

La historia documentada nos explica una versión bastante distinta. Desde el 24 de octubre de 1929 hasta fin de año, se tiene noticia de cien suicidios —o intentos— en la ciudad de Nueva York. De ellos, se sabe que cuatro eran inversores; y solo dos lo hicieron desde Wall Street. La prensa se encargó de hacer el resto. Eso sí, en los años siguientes, hasta 1933, la tasa de suicidios en Estados Unidos superó la habitual; fue la consecuencia directa de la Gran Depresión.

La verdadera tragedia derivada del crac del 29 fueron los millones de personas que se quedaron sin trabajo entre 1929 y 1932. Algunos cronistas hablan de 12 millones de personas. Muchas de ellas lo perdieron todo y no tuvieron más remedio que dejar su casa y echarse a la calle. No había Seguridad Social ni organizaciones benéficas que ofrecieran protección social.

En las afueras de las grandes ciudades, en descampados que eran tierra de nadie, empezaron a aparecer pequeñas ciudades de cartón; núcleos de chabolas sin servicio ni asistencia donde se llegaban a agolpar centenares de personas que lo habían perdido todo. Aquellas ciudades de miseria se bautizaron como *hoovertilles*, en honor del entonces presidente de Estados Unidos, Herbert Hoover. Hoy en día, la palabra *hoovertille* todavía se relaciona con los barrios de chabolas; todo un legado por el que pasar a la historia.